

quiera, el mariscal Ney se empeñó en el desfiladero que acaba de ser citado; pero conociendo que exponía á Montbrún, firme en la orilla del Mondego, á ser cortado y cogido, le avisó de lo que ocurría y le envió orden de retirarse inmediatamente con sus jinetes, remontando al galope las márgenes del Mondego por un movimiento paralelo al que él iba á ejecutar con la infantería del sexto cuerpo.

Durante este tiempo Massena se había trasladado á Fuente Cuberta, donde Loissón, apoyado por Clausel, formaba el enlace con Ney y Reynier, y estaba pronto á convertir en derrota toda tentativa de los ingleses por interponerse entre las dos principales masas del ejército francés. Desde el elevado punto en que se hallaba Massena podía observar los movimientos del general Picton y avalorar todo su alcance, y según lo que divisaba, no había motivo de zozobra. Así cuando se le llegó á anunciar á mitad del día que Ney había evacuado á Condeixa y tomado sobre sí la suerte de aquella campaña, se irritó al pronto mucho y explicó en voz alta su extremo disgusto al jefe de estado mayor Fririón, quien con su aplicación por avenir á los diversos jefes del ejército, reparaba, en cuanto estaba de su parte, las faltas cometidas por todos. Tan exasperado se hallaba Massena, que por un instante pensó en dar el escándalo de despojar á Ney del mando. Pero encontrándose tan cerca del enemigo, necesitando del denuedo de todos, no estando aún repuesto Junot de su herida, conoció la inoportunidad de privarse del primero de sus lugartenientes, y se atuvo á la fría expresión de su descontento, ordenando secamente al mariscal Ney que se detuviera á la salida del desfiladero en que se había empeñado, pues no bastaba haber salvado de un peligro imaginario al sexto cuerpo, sin salvar á Montbrún y los gruesos bagajes de un peligro efectivo proporcionándoles la posibilidad de operar un movimiento semejante al que acababa de ejecutar el sexto cuerpo. Por lo demás Massena, á quien un instinto seguro advertía casi siempre de lo que podía esperar de los hombres, casi había sentido lo que iba á sucederle, y con tal previsión envió parte de los convoyes por el camino de Miranda de Corvo. Sin embargo, aun habiendo sido encaminados estos convoyes en aquella dirección desde el día antes, necesitaban mucho tiempo para alcanzar la cabeza del ejército. Ney con su precipitadísima retirada puso al mismo Massena, que tenía las divisiones de Loissón y de Clausel á sus órdenes inmediatas, en algún peligro; porque descubierto por su derecha, le hubieran podido separar los ingleses del sexto cuerpo, si se mostraran diligentes. Mas emprendió prontamente la retirada y caminó toda la noche en unión de las dos divisiones que llevaba consigo y á la luz de muy clara luna. Por la mañana desembocó entre Casal-Novo y Miranda de Corvo, detrás del mariscal Ney, sin experimentar ningún accidente.

Al salir Ney del desfiladero, que desde Condeixa llevaba en dirección de Miranda de Corvo, debía hacer alto primeramente en la aldea de Casal-Novo. Allí empezaba un terreno más despejado, aunque desigual y con muchas colinas, yendo á parar primero á Miranda de Corvo y de Miranda de Corvo á Foz de Arunza junto al Ceira. Sobre este terreno debía reunir Ney sucesivamente las divisiones de Loissón y de Clausel y los

cuerpos de Junot, de Reynier y de Drouet. Se detuvo en Casal-Novo por la noche, prometiéndose, ya que se había reunido al ejército y que estaba seguro de salir de Portugal, disputar palmo á palmo el terreno y hacer perder á los ingleses todo el día á fin de dar tiempo á que se le juntaran los destacamentos que se habían que dado á la espalda.

A pesar de una espesa niebla, que apenas permitía distinguir los objetos á la más corta distancia, al día siguiente 14 empezó á maniobrar delante de los ingleses con una precisión, con una destreza, con un aplomo que produjeron general admiración. Casi todo el ejército inglés le seguía por entre esta angosta llanura, que riegan el Deuza y el Ceira, corriendo hacia el Mondego. Ney había formado sus tropas en muchos escalones, hábilmente dispuestos sobre todos los accidentes del terreno adecuados á la defensiva. Una retaguardia á las órdenes del general Ferrey formaba el primer escalón en Casal-Novo; algo más allá la división de Mermet formaba el segundo, y la división de Marchand el tercero sobre un relieve del terreno cerca de Chao de Lamar. Por último, la división de Loissón, las de Clausel y Solignac del cuerpo de Junot formaban el último escalón cerca de Miranda de Corvo. A poco se vió á los dos ejércitos seguirse lentamente, uno no cediendo el terreno más que palmo á palmo después de una resistencia bien calculada de los escalones, otro adelantando con trabajo por entre mortíferos fuegos y contra posiciones en las que se veía obligado á perseguir al enemigo sin jamás darle alcance.

Habiendo querido el general Erskine desembocar en Casal-Novo con las tropas ligeras, disputóle la retaguardia del general Ferrey la aldea, guareciéndose tras de algunas tapias, desde donde nuestros tiradores mataban ingleses á golpe seguro sin que de ellos pudieran sufrir ningún daño. Antes de tomar las tapias necesitaron aguantar las tropas de Erskine dos ó tres horas de este fuego de fusilería. Cuando se retiraron de allí los franceses y los ingleses quisieron perseguirlos, el coronel Laferriere á la cabeza del 3.º de húsares cayó sobre ellos á galope y acuchilló á los más temerarios. Sin embargo, los ingleses marcharon adelante, y en el momento de dar caza á la retaguardia del general Ferrey, vieronla desaparecer detrás de la división de Marchand situada sobre las alturas de Chao de Lamar. Ésta se encontraba allí entera, fresca, impaciente de combate, pues no se había medido con el enemigo desde el principio de la retirada y estaba además en posición muy ventajosa. Estériles fueron todos los esfuerzos de los ingleses por romperla. Luego á una señal de Ney se retiró asimismo y fué á ponerse en línea con las divisiones de Mermet y de Loissón, con las divisiones de Clausel y de Solignac del octavo cuerpo sobre las alturas de Miranda de Corvo, adonde los ingleses se vieron reducidos á seguirla, perdiendo gente á cada paso y no ganando más terreno que el que se le cedía voluntariamente. Ya expiraba el día y vieron obligados á detenerse delante del ejército francés reunido en masa sobre una posición casi inaccesible. Éste fué á dormir la noche del 14 á orillas del Ceira y cruzólo, salvo dos divisiones que el mariscal Ney dejó en Foz de Arunza. Así los dos ejércitos vivaquearon uno junto á otro.

Esta jornada del 14, mucho mejor empleada por Ney,

fuerza es decirlo, que la del 13, dió á los convoyes tiempo de ganar la cabeza del ejército y á Reynier de desembocar por entre Miranda de Corvo y Foz de Arunza sobre el Ceira. También Montbrún, avisado por Ney, pudo retirarse é incorporarse á todo andar al grueso del ejército remontando el Mondego.

Nada se había comprometido más que el plan tan juicioso del general en jefe de establecerse sobre el Mondego á la altura de Coímbra. Todos los cuerpos del ejército estaban reunidos con su material después de una pérdida de hombres inferior por lo menos en tres cuartas partes á la sufrida por los ingleses y después de andar el trozo más difícil de camino por donde debían seguir la marcha. Llegado Massena junto al Ceira en la noche del 14, se encontraba á la falda de la sierra de Murcelha y quería transponerla al día siguiente para ir á tomar posesión en Ponte-Murcelha junto al riachuelo Alba. Reynier, sólo obediente cuando se tenía que poner á la cabeza de la retirada, se había trasladado á Ponte-Murcelha, donde restablecía los puentes del Alba para él y las tropas, tarea de la que no era poco que pudiese salir airoso, pues tan ocupado se hallaba en forrajear, que apenas se podía lograr de él cosa alguna, estando siempre la mitad de sus soldados de merodeo.

A la mañana del 15 se encontraba Junot á la izquierda sobre el bajo Ceira, Ney hacia el centro junto á Foz de Arunza, Reynier á la derecha sobre el alto Ceira. No manifestaban grande impaciencia por empeñarse contra nosotros los ingleses tan maltratados en Redinha y en Casal-Novo; semejaban más bien escoltarnos que perseguirnos. El gran carácter de Massena, unido á los talentos de Ney, les quitaba toda esperanza de hacernos sufrir una derrota ó de obligarnos á partir una hora más pronto de lo que fuera de nuestro grado.

Harto confiado Ney ahora, no se dió prisa á cruzar el Ceira y permitió que dos divisiones pernoctaran más acá de este río y junto á los ingleses. Con todo, Massena le advirtió el peligro á que se exponía, mas no hizo caso de este aviso, creyendo que los ingleses no tendrían el atrevimiento de venir con él á las manos. Se engañaba, como va á verse. Lord Wéllington, que á pesar de su circunspección, estaba determinado á no desaprovechar las ocasiones de acometernos si cometíamos el error de ofrecérselas, descubrió que una parte del sexto cuerpo no escasa había quedado más acá del río, y desde la madrugada del 15 apresuróse á envolver con fuerzas imponentes el terreno dominado por todas partes y en el fondo del cual las divisiones de Mermet y de Marchand habían pasado la noche. Sorprendidas las tropas de resultas del ataque imprevisto, corrieron á las armas, y la división de Mermet ocupó las alturas que dominaban el terreno donde había pernoctado, á fin de contener al enemigo mientras el mariscal Ney dirigiera la retirada de la división de Marchand por el angosto desfiladero del puente de Ceira. Desgraciadamente la caballería ligera á las órdenes del general Lamotte, obligada para forrajear á establecerse en un prado á las mismas orillas del Ceira, no pudo guardar las espaldas á la infantería, ni juntarse á tiempo con el fin de trasladarse á las alturas adonde fué á tomar posesión la división de Mermet. Se puso, pues, el general Lamotte en batalla delante del puente para dar paso á la infantería que se retiraba y cargar al enemigo si se presentaba

cerca de la ribera. Entretanto el mariscal Ney á caballo en las filas de la división de Marchand comenzó á hacerla desfilarse por el puente, y después de ver que se retiraba con sosiego, volvió cerca de la división de Mermet, que contenía á los ingleses desde las alturas, para traerla y conseguir que pasara á su vez el puente. En este momento una batería amenazada por los ingleses cayó sobre un regimiento de la división de Mermet que se replegaba, y produjo algún desorden. Viendo á la caballería en batalla delante del puente, creyeron los soldados de este regimiento que iba á cruzarlo, temieron que les obstruyera el paso á ellos y se precipitaron allí con el afán de tomar la delantera. Muy pronto no fué aquello más que un torrente de fugitivos en desorden que se ahogaban sobre el puente, y hallándolo embarazado por los que se dieron más prisa, arrojábanse al río para procurar vadearlo. Vanamente quiso Ney detenerlos, pues jamás su voz fué oída entonces. Después de algunos instantes de este tumulto, acabó por rehacer á pesar de todo un batallón del 27 y algunas compañías de cazadores y volvió á subir con este puñado de hombres á las alturas, donde el general Mermet á la cabeza de su segunda brigada sostenía un sangriento choque contra los ingleses, que le estrechaban más de minuto en minuto. La presencia de este débil refuerzo y del mariscal Ney reanimó el ardimiento de las tropas: se cargó á los ingleses, se les rechazó, se les obligó á alejarse, no sin hacerles sufrir algunas pérdidas. Durante este intervalo apaciguóse al fin el tumulto entorno del puente. Viendo los fugitivos bien ocupadas detrás de ellos las alturas, se tranquilizaron y desfilaron con mayor calma. Después de defender la segunda brigada de Mermet las alturas todo el tiempo necesario, bajó á su vez de ellas, pasó el puente con orden y fué á juntarse á la otra orilla con el resto del sexto cuerpo. Al pronto el mariscal Ney creyó tener algunos centenares de hombres ahogados de los que se arrojaron al río con la esperanza de vadearlo; mas por fortuna el número de los que perecieron fué corto. Apenas faltaron ciento cincuenta soldados á la llamada á filas de las dos divisiones, y aun la mayor parte de ellos fueron de los muertos ó heridos en el combate sustentado por la segunda brigada de Mermet contra los ingleses. No queriendo el mariscal Ney cargar con la culpa, echóse la al general Lamotte, jefe de la caballería ligera, á quien puso á retaguardia de sus tropas, aun cuando este general tuviera muy pocos yerros que echarse en cara durante la desagradable refriega.

Por lo demás este accidente fué de escasa importancia. El ejército tomó posición detrás del Ceira sin ser inquietado, porque la resistencia del general Mermet delante de Foz de Arunza probó á lord Wéllington que á este ejército, siempre tan grande en los peligros, no era fácil ocasionarle un descalabro. No estando aún restablecidos los puentes del Alba, que se debían pasar luego de transponer la sierra de Murcelha, permanecieron el 16 entre el Ceira y el Alba sin ser atacados por los ingleses y el 17 se trasladaron junto al Alba. Como se concibe fácilmente, el carácter de Massena padecía de un modo cruel viéndose reducido á semejante retirada, por culpa de su soberano que le había encargado de una empresa de realización imposible, por culpa de sus lugartenientes que le habían contrariado en todos sus

planes, por culpa de los que estaban cerca y no le habían ayudado, por culpa de las circunstancias que habían conspirado, digámoslo así, en contra suya, y hubiera querido dar á su movimiento el carácter de una maniobra más bien que de una retirada. Por esto había proyectado establecerse junto al Mondego, á la altura de Coimbra, lo cual era una posición tomada algo detrás de la de Santarem, pero no un abandono de Portugal. Privado de este recurso por la prisa del mariscal Ney en evacuar la posición de Condeixa, hubiera deseado á lo menos detenerse junto al Alba, que corre á lo largo de la sierra de Murcelha y se comunica, según hemos dicho, con la sierra de Alcoba. Pero esta posición era poco segura, pudiendo ser salvada si los ingleses remontaban la orilla derecha del Mondego, y además no era bastante ofensiva para compensar el inconveniente de hallarse á muchos días de Almeida y de Ciudad Rodrigo, donde estaban reunidos los recursos del ejército, y de exigir para vivir medios de transporte que no había. De consiguiente esto era más bien un consuelo para su noble orgullo que una maniobra cuyo éxito fuera importante. En todo caso no eran jueces de esta cuestión sus lugartenientes, y no bien manifestara su intención de detenerse junto al Alba, el deber de ellos consistía en cooperar á la realización de sus miras. No le sirvieron más junto al Alba que le habían servido junto al Mondego.

A orillas del Alba, cuyos puentes ya estaban restablecidos, se encontraban el día 18. Junot se hallaba á la derecha (á la derecha mirando al enemigo), cerca del desagüe del Alba en el Mondego; Ney en el centro, detrás de Ponte-Murcelha; Reynier á la izquierda, hacia las montañas y sobre los flancos de la Estrella, donde nace el Alba; Drouet, en fin, á quien ya no retenían las órdenes del general en jefe, camino de Almeida. Massena había recomendado á Ney expresamente que defendiera bien la posición de Ponte-Murcelha, lo cual había prometido y estaba resuelto á hacer para reparar el disgusto sufrido en Foz de Arunza.

Pero esta vez, tanto parecía perseguir la fatalidad al ejército de Portugal, debía proceder la desobediencia del más sumiso lugarteniente de Massena, del que al menos se había manifestado más dócil hasta ahora, del general Reynier. Establecido el mariscal Ney junto al Alba en la posición de Ponte-Murcelha, trataba de asegurarse por medio de reconocimientos de si estaban bien guardadas sus alas y de si corría riesgo de ser nuevamente sorprendido por los contrarios. A su derecha había encontrado los puestos de Junot estrechamente enlazados con los suyos; pero á su izquierda no encontró los de Reynier, cabalmente en la parte de la sierra de Murcelha fácil de salvar por estar poco unida á la de la Estrella. Inquieto Ney y viéndose casi abandonado sobre su izquierda, quejóse vivamente á Massena. Éste envió oficiales tras de oficiales para averiguar el paradero de Reynier, á quien se le encontró muy lejos de la sierra de Murcelha, esto es, sobre la sierra de Moitia, otro ramal desprendido de la Estrella y situado muy atrás de la posición actual de las tropas. No habiendo Reynier desempeñado nunca en la retirada el papel de jefe de la retaguardia, que tocó á Ney siempre, durante estos quince días contrajo la costumbre de esparcirse á lo lejos para vivir y de dispersar sus tropas por las aldeas

en vez de tenerlas juntas y prontas al combate. Así eligió el campamento más cómodo, más extendido, y no se cuidó poco ni mucho de guardar la izquierda del sexto cuerpo. Conviene añadir, para explicar esta conducta, que también Reynier había acabado por concebir algún enojo contra el general en jefe. Militar instruido, muy aficionado á escribir sobre los sucesos á que asistía, había redactado una especie de acta de la conferencia de Gólgao, en que le tocó hacer figura. Su relación, inexacta en muchos pasajes, había desagradado á sus camaradas, y Massena se vió obligado á dirigirle algunas reconvencciones. De resultas de ellas y del ejemplo de los otros jefes de cuerpo empezó á separarse de los miramientos y de la subordinación que debía al viejo mariscal á cuyas órdenes tenía el honor de servir. Lejos de obedecer la orden de irse á colocar á la izquierda del ejército, respondió con un plan de ataque contra la derecha de los ingleses, que, en su dictamen, debía ser de gran consecuencia. No era esto lo que se le pedía, y ante todo hubiera sido menester que se enlazara á Ney para cubrirle; pero mientras Reynier disertaba sobre las operaciones que pudieran ser emprendidas, descubierta Ney del todo y viendo distintamente á los ingleses avanzar más allá del Alba sobre su izquierda, tuvo necesidad, por razones de prudencia muy fundadas, de abandonar á Ponte-Murcelha y de hacer fracasar de nuevo, aunque involuntariamente, los proyectos de Massena. Así no era ya sostenible la posición del Alba, y á la verdad tampoco era de sentir más que por el general en jefe, á cuyo orgullo serviría de consuelo. No quedaba, pues, más arbitrio que dirigirse á la frontera de España, de la cual se hallaban cerca ahora.

Comenzando por su parte á escasear de víveres los ingleses, á causa de la dificultad de transportarlos tan lejos del mar, y desesperando además de vencer á un ejército que se defendía tan vigorosamente en su retaguardia, sentía la necesidad de hacer algunos días de alto. Los portugueses, siempre servidos después de los ingleses, y á quienes á menudo se excusaba dar alimento, celebrando su sobriedad, se morían de hambre y quejábanse sin rebozo. Les era, pues, indispensable un alto de tres ó cuatro días entre Ponte-Murcelha y Coimbra, y lord Wéllington resolvió que se hiciera. Sin ser perseguido continuó el ejército francés su marcha en tres columnas, llegó el 22 de marzo á las alturas que separan el valle del Mondego del valle del Coa, y hallóse á la vista de las fronteras de España, de donde había partido para invadir á Portugal seis meses antes.

Con el corazón lastimado volvía á entrar el viejo mariscal en España. Aunque esta tercera evacuación de Portugal no se pareciera á las dos anteriores; aunque nada tuviera de común con la del general Junot retirándose de Lisboa después de una capitulación, ni con la del mariscal Soult retornando de Oporto sin artillería; aunque, después de haberse mantenido cerca de seis meses junto al Tajo sin víveres, sin socorros, sin comunicaciones, sin noticias de Francia, en una de las posiciones más difíciles en que un general en jefe se haya encontrado nunca, hubiera acreditado todas las dotes de un gran carácter; aunque en una marcha de setenta leguas, ejecutada por un país estéril y arruinado, seguido por un ejército doble que el suyo, no perdiera ni un cañón, ni un herido, ni un carro del bagaje é inspirara

tanto respeto que el enemigo casi había renunciado á perseguirle; aunque por nada se tuviera que acusar en sus principales providencias, todas tan firmes y juiciosas, y sólo hubiera cometido algunos errores de detalle, funestos sin duda, pero frecuentes hasta en las guerras más celebradas, con todo era muy cruel á su edad, después de tantos trabajos, después de tantos triunfos, añadir á sus numerosas campañas otra campaña, meritosa de cierto á los ojos de jueces ilustrados y con buenos informes, bien que reducida á un objeto no alcanzado á los ojos de ese público ignorante é impresionable que no juzga más que por los resultados. Además el aspecto de su ejército tenía por qué afectarle profundamente, pues el espectáculo que ofrecía no era menos extraño que la campaña que acababa de hacer. No bien el cañón retumbaba, los soldados se hallaban en sus filas tan firmes y disciplinados como podía desearse, y maniobraban á la voz de sus jefes con tanta precisión como en un campo de ejercicio, sobre todo en el cuerpo del mariscal Ney, que durante esta retirada mantuvo actitud admirable en presencia del enemigo. Fuera de esto, se diseminaban por todas partes para proporcionarse bastimentos. Se les veía marchar en bandas fuera de filas, cargados con el botín que habían podido recoger, mezclados entre largas hileras de heridos que eran llevados sobre jumentos, entre los carros de los bagajes ó de la artillería tirados por bueyes, porque la mayor parte de los caballos de tiro habían muerto ó estaban extenuados por falta de alimento. Apenas quedaban suficientes caballos para maniobrar con algunas piezas de artillería delante del enemigo, y apenas la caballería osaba fiarse de los suyos, fatigados como estaban hasta lo sumo. Tostado el soldado por el sol, flaco, andrajoso, descalzo, pero vigoroso, hecho á la fatiga, altanero, arrogante, licencioso, tanto en su lenguaje como en sus costumbres, no sobrellevaba su angustia con la resignación que tan noble hace á veces la miseria del guerrero; antes bien sufría con enojo próximo á la insubordinación. Sobre todo cargaba la culpa de tantos trabajos padecidos, se la achacaba á sus inmediatos superiores, al general en jefe y hasta al emperador mismo. Massena, que tanto le imponía al principio de la campaña con su gloria, ya que había perdido desgraciadamente todo prestigio por culpa de los jefes de cuerpo, que le habían tratado sin ningún miramiento en sus conversaciones, y desgraciadamente no menos por su propia culpa. Viejo, cansado, con legítimo derecho al reposo, no habiéndolo gozado en cuatro lustros, incurrió en la debilidad de buscar alivio á sus trabajos prolijos en placeres poco adecuados á sus años, y de los cuales sobre todo no conviene hacer testigos á los hombres sobre quienes se ejerce el mando. Consigo se llevó una mujer que no la abandonó en toda la campaña y cuyo carruaje hubieron de escoltar á menudo los soldados por medio de caminos difíciles y peligrosos. En la victoria se ríen los soldados de los caprichos de sus jefes, á la par que los miran como crímenes si se les tuerce la fortuna. Alentados por el lenguaje inconveniente muchos generales, los soldados del ejército de Portugal habían degenerado de una gran consideración por la brillante carrera de Massena en una libertad de dicharachos degradante para él y para ellos. Massena conocía esta falta de respeto y le tocaba en lo más vivo. Sin embargo, lejos de al-

terarse ni desconcertarse en una posición en que pocos se hubieran librado de la turbación y el aburrimiento, pensaba con nuevos trabajos, que ya él solo quería, dar otro significado al movimiento retrógrado llevado á efecto. Así, no bien pisaba la frontera, se proponía dar tres ó cuatro días de descanso á las tropas; enviar á las plazas de Almeida y Ciudad Rodrigo los despedados, heridos y enfermos; tomar algunas prendas de vestuario existentes en los almacenes; pagar los sueldos atrasados con los fondos retenidos en Salamanca; proporcionarse algunos caballos de remonta, y cruzar luego por Guarda y Belmonte la sierra de Gata, que se enlaza, como hemos dicho, con la de la Estrella y la de Guadarrama; bajar por Alcántara al Tajo, siguiendo el camino que Reynier había llevado para juntarse en el anterior mes de julio, y volver así á empezar al punto la campaña con otros datos. Aun descartando las tropas de Drouet, le quedaban cuarenta mil hombres de calidad incomparable, entre los cuales no había un solo soldado accesible al temor ni tampoco al cansancio, y con fuerza semejante y dando ya la mano al ejército de Andalucía, se lisonjeaba de penetrar en Portugal por una vía nueva.

Pero esperar un segundo esfuerzo de esta clase después del mal éxito del primero, era presumir mucho, si no de los soldados, al menos de los jefes. Por lo que hace á los soldados, con zapatos, víveres y algunos días de descanso, aún cabía intentarlo todo; pero los jefes desunidos, desanimados, descontentos de sí mismos y de los otros, no queriendo deber á la constancia los triunfos que no habían debido á la fortuna, eran por el momento incapaces de cooperar á los planes del mariscal Massena. Así, tan luego como les indicaron las órdenes emanadas del cuartel general, fueron objeto de críticas violentas y de una sublevación de ánimos universal ó punto menos.

Verdad es que eran criticables bajo muchos aspectos. Aun prescindiendo de lo que los lugartenientes de Massena se apresuraron á divulgar hasta en las filas de los soldados, sobre que abandonadas las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, y viendo los ingleses á Castilla la Vieja expedita, se darían prisa á penetrar en ella y cortaría de su base de operaciones á todos los ejércitos franceses que maniobraban en España, resolución poco verosímil por parte de un general tan prudente como lord Wéllington y además poco temible, porque el mariscal Massena con un rápido retroceso le hubiera forzado á volver á pasar la frontera; sin alegar estas razones poco graves, era menester averiguar si trasladándose al Tajo se podría vivir allí; si admitiendo que se pudiera vivir, se lograría la empresa asignada al ejército de Portugal, que era tomar á Lisboa y expulsar de la península á los ingleses. Ahora bien: una cruel experiencia acababa de enseñar que sin la posesión de las dos márgenes del Tajo no se podía atacar con éxito á Lisboa. Efectivamente, si se operaba por la izquierda del río, no se debía poseer la derecha, á menos que desde Alcántara se bajase manteniéndose á caballo sobre ambas orillas. Para esto fuera necesario un tren de puente, que no había, y proteger los movimientos por caminos laterales al río, que no existían tampoco. No era, pues, probable la posesión de las dos riberas.

Además, con cuarenta mil hombres, aun cuando ex-

celentes, no había fuerzas bastantes para obrar de un modo ofensivo. Siempre se necesitara la cooperación del ejército de Andalucía, en que no había más fundamento para esperar cuando se fuera en su busca que cuando se le había esperado en Abrantes. Si verdaderamente no se había podido separar de Andalucía á causa de los embarazos que le detenían en ella, no desaparecerían con que se fuera á buscarle: si por el contrario, no había querido prestar ayuda, tampoco se le inspiraría más abnegación de cerca que de lejos. Por tanto, no era de esperar que en esta nueva invasión de Portugal se alcanzara el fin más que en la precedente. Todo lo que se podía era dar una nueva prueba del tesón invencible del antiguo defensor de Génova. Cincuenta mil hombres de refuerzo, víveres, un tren de puente, varios días de descanso, caballos, una autoridad obedecida, todo esto se necesitara para volver á emprezar la campaña de Portugal con probabilidades de buen suceso, y nada de esto se conseguía con la resolución de marchar sobre Alcantara.

Lena la mente de Massena de este proyecto, que le consolaba de sus pesares, al llegar á la frontera de Castilla la Vieja dirigió sus tres cuerpos á la sierra de Gata y les señaló cantones adecuados á la marcha que habrían de ejecutar pronto. Al cuerpo de Reynier asignó como un lugar de descanso á Belmonte, que se halla en el nacimiento del Zezere sobre el respaldo del Sur de la Estrella; al cuerpo de Junot á Guarda, que se halla en el nacimiento del Mondego; al cuerpo de Ney á Celórico, que es un terreno pedregoso muy árido, muy pobre, el cual separa las aguas del Coa de las del Mondego. Ordenando las instrucciones de Massena desembarazarse de los heridos, de los enfermos y de los bagajes inútiles, conceder algún descanso á las tropas, hacer llegar los objetos de equipos necesarios y los fondos del sueldo, dejaba presentir sus designios ulteriores. A Reynier especialmente le pedía informes sobre los recursos del país por haber vivido mucho en Extremadura. Pronto fué el proyecto de Massena un arcano. Su divulgación desagradó en el cuerpo de Reynier, que no tenía motivos para estar satisfecho de su permanencia en aquella provincia, y que además contaba con hallarla agotada del todo. No produjo mejor efecto en el cuerpo de Junot, que no conocía á Extremadura, pero que no deseaba tornar tan en breve á una campaña tan ruda y tan poco fructuosa. En el cuerpo de Ney sentó peor todavía, como que acababa de sufrir todas las penalidades y peligros de la retirada, cosa á la verdad muy justa, pues durante la estada en Santarem siempre se había hallado lejos del enemigo y preservado de la miseria de todo punto. Pero acababa de sufrir sobre manera, viéndose obligado á permanecer en las filas durante la retirada y privado así de la libertad del merodeo. A más se le había dado por lugar de descanso un desierto pedregoso, donde no se hallaban ni pan ni carne ni legumbres, y donde por todo recreo no tenía más que la vista de un enemigo bien alimentado, continuas alarmas de retaguardia y lluvias torrenciales. Anunciarles que después de tres ó cuatro días de inmovilidad y de hambre en aquel lugar maldito, se le consideraría ya descansado, y bajaría á la vista de Castilla la Vieja hacia Extremadura, donde había permanecido un instante en la época de la batalla de Tala-

vera, sin encontrar allí abundancia, aun cuando el país estuviera virgen, entonces era reducirle á desesperación extremada. En nombre de sus tropas se apresuraron los generales de división á elevar su voz al mariscal Ney, que no necesitaba de excitaciones: le estrecharon á que pusiera en noticia del general en jefe su miseria, á que le patentizara la imposibilidad de permanecer ni cuarenta y ocho horas en el sitio donde se les había acantonado, como también la imposibilidad de volverse á poner en marcha sin recibir antes zapatos, vestuario, dinero y caballos. Ahora bien: como el vestuario, los zapatos y el dinero estaban en Salamanca, y los caballos no se sabía dónde, era poco probable que tres, cuatro ni diez días bastaran para el avituallamiento de las tropas. Al mariscal Ney le sublevaba sobre todo la idea de hacer una nueva campaña á las órdenes de Massena. Alentado por las quejas que se alzaban en su rededor, por la popularidad de que en su cuerpo de ejército gozaba, cedió á un movimiento de indocilidad, que recordaba ciertos tiempos de la revolución y que, bajo Napoleón, no era concebible más que en España, en medio de la anarquía militar emanada de las privaciones, de los descalabros y las distancias. Así Ney escribió al general en jefe una carta en la cual, enumerando los sufrimientos inauditos de su tropa, la imposibilidad de que en Celórico viviese, la necesidad de permitirle que se aproximara hacia el Coa y los inconvenientes de una nueva campaña sobre el Tajo, reclamaba formalmente que las órdenes del emperador se le pusieran de manifiesto, y declaraba que, si como creía, no existían órdenes tales, se veía forzado á la desobediencia. Este era un acto muy extraordinario, y prueba hasta qué punto es necesario en todos tiempos el yugo de las leyes para contener en la línea de su deber á los militares. Excelentes razones tenía el mariscal Ney para desaprobar el movimiento sobre el Tajo, bien que en su despacho no adujera las mejores: esta desaprobación pudo expresarla confidencialmente al general en jefe, si le pedía su dictamen, y aun sin pedirselo; pero exigir la comunicación de las órdenes del emperador era una pretensión muy extraña, pues bastaba que el mariscal Massena fuera general en jefe para que se le prestara obediencia, tuviera ó no instrucciones del emperador, supliéralas ó modificáralas á su gusto. Solo era el juez de todo y no tenía que explicarse más que con el emperador, sin dar cuenta á los oficiales que estaban debajo de su mando.

Persuadido estaba Massena de que la indocilidad de sus lugartenientes, y á veces la tibieza de su celo, le habían impedido en Busaco tomar la posición del enemigo, en Punhete pasar el Tajo, en Condeixa apoderarse de la línea del Mondego, en Ponte-Murcelha, por fin, detenerse sobre la línea del Alba. Esto le tenía exasperado: si no había antes roto en ira, era por evitar en el ejército una conmoción que pudiera ser peligrosa durante la retirada. Pero saliendo de su hábito de dejar correr las cosas, por el último acto del mariscal Ney, tomó la resolución de arrancarle su espada delante del ejército entero. Dirigióle un despacho en que extrañando la carta suya que había recibido y no dignándose responder á la pretensión de conocer las órdenes del emperador, le reiteraba sus instrucciones anteriores y relativas á un movimiento sobre el Tajo, y le pregun-

taba si persistía en su negativa á la obediencia. Conociendo Ney, aunque tarde, por esta pregunta perentoria, á lo que se había expuesto, hubiera querido retroceder de su muy irreflexivo paso; mas viéndose provocado á una especie de reto delante de su estado mayor, la peor de las cortes, no se atrevió á tanto, é insistió, bien que en términos más convenientes, pero siempre inadmisibles, sobre que las órdenes del emperador le fueran comunicadas.

Ante esta persistencia no guardó Massena más contemplaciones: intimó al mariscal Ney que al punto dejara el sexto cuerpo y se trasladara á lo interior de España para aguardar allí lo que el emperador decidiera respecto de su persona: mandó al general Loissón como el más antiguo de los del sexto cuerpo que se pusiera á su cabeza y prohibió obedecer al mariscal Ney bajo las penas impuestas á la rebeldía. Los lisonjeros, que adulando al ilustre mariscal le habían arrastrado á una insubordinación sensible, viendo deshecha su miserable pandilla por la energía del general en jefe, hubieran ahora querido inclinar al mariscal á que cediera, mas no lo permitía su orgullo deplorablemente comprometido. Verdad es que para enmendar su yerro se ofreció una coyuntura. Habiendo recibido sus convoyes de víveres los ingleses, pusieron de nuevo en camino, y tras de abandonar por algunos días las huellas del ejército francés, acababan de asomar con la intención aparente de seguirlos. Un pretexto de honor suministraba la presencia del enemigo para no dejar el mando del sexto cuerpo: protestando Ney contra la orden que le hería, escribió á Massena que á la aproximación de los ingleses no consideraba que se debía alejar de las tropas: sin embargo, inflexible Massena, reiteró al general Loissón la orden de tomar el mando del sexto cuerpo. Esta vez, haciendo suceder Ney á un momento de error una sumisión laudable, abandonó el sexto cuerpo, donde dejaba universales simpatías, pero ninguna disposición á la revuelta.

Hecho á la disciplina este sacrificio doloroso, se pudo notar en las tropas menos indocilidad de lenguaje, bien que no más afición á renovar sobre el Tajo las tentativas que se consideraban como funestas para el ejército é inútiles para los designios del emperador. Resignadas estaban á obedecer sin duda, aun con verdadero odio hacia quienes exigiesen tal obediencia. A pesar de que Massena, duro para los demás como para sí propio, hacía poquísimo caso de lo que se llama sufrimiento, había consentido en que el sexto cuerpo se aproximara á las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo con el fin de sacar de sus almacenes lo preciso para repartir la ración de que carecían los soldados. Empezóse, pues, á vivir á expensas de estas plazas.

Desgraciadamente la desnudez del país igualaba á la de las tropas que en él iban á rehacerse. El general Gardanne, encargado de velar por la retaguardia del ejército de Portugal y de reunir provisiones, no había tenido para proporcionárselas autoridad bastante. El general Drouet, jefe del noveno cuerpo, título dado á las antiguas divisiones de Essling, tan sólo tuvo tiempo de asomar por aquel punto, pues entró en Portugal sin demora, y no hizo más que consumir lo poco que se había recogido hasta entonces. A la verdad algunos de los ajustes hechos el último septiembre, al tiempo de la

partida de las tropas, se habían llevado á cabo, pero en Salamanca, y parte de los granos comprados ó exigidos se hallaban dentro de carretas abandonadas á lo largo de los caminos de Salamanca y Ciudad Rodrigo, habiendo servido el resto para alimentar á las divisiones de Conroux y de Claparede. Apenas quedaban en las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo más que escasas provisiones de sitio para guarniciones de mediana fuerza, provisiones que no podían menos de ser devoradas por el sexto cuerpo muy pronto. Una nueva providencia recién adoptada por Napoleón había agravado más con complicaciones semejante estado de cosas. Había nombrado al mariscal Bessieres, duque de Istria, jefe de todo el Norte de España. Véase por qué razón.

Fijo en el inconveniente de tener jefes diversos en Burgos, en Valladolid, en León, en Salamanca; disgustado en particular del general Kéllermann, cuya administración censuraba y cuyas críticas no le agradaban por demasiado atrevidas, quiso Napoleón reunir todas las tropas diseminadas en el Norte de España bajo la autoridad de un solo general en jefe, que tuviera á sus órdenes las provincias de Vizcaya, de Burgos, de Valladolid, de Zamora y de León. Para este cargo elevado había elegido al mariscal Bessieres, porque ya había servido en el Norte de la Península, donde había ganado la brillante victoria de Rioseco, y porque además estaba al frente de la guardia imperial. Siendo en esta región el más grueso cuerpo de tropa el de la joven guardia, fuerte de diez y siete mil hombres próximamente y situado en Burgos, nada pareció mejor á Napoleón que enviar allí al jefe de su guardia. Ya estaba instalado en Burgos el mariscal duque de Istria al tiempo en que el ejército de Portugal retornaba á Castilla la Vieja. Massena le había escrito, anunciándole su llegada, sus necesidades, sus proyectos, la corta mansión que pensaba hacer en el Norte de la Península, y pidiéndole pronto socorros de víveres, de municiones y de caballos.

El general Bessieres era un hombre muy bizarro, un excelente oficial de caballería, oriundo de Gascuña, prometiéndole mucho sin tener en cuenta lo que ofrecía, propenso á agitarse, bien que honrado, agudo y prevaleándose de su adhesión, que era á Napoleón muy conocida, para decirle á menudo útiles verdades. A semejanza de cuantos llegaban á ejercer un mando en España, no dejó de pintar al vivo el deplorable estado de las cosas, el gran número de guerrillas, las extremadas penalidades de los pueblos, su odio profundo hacia nosotros, las miserias del ejército, y sobre todo la circunstancia singular ya citada de las carretas de trigo abandonadas por la falta de caballos en el camino de Salamanca á Ciudad Rodrigo. Naturalmente acompañó estas vivas pinturas con el compromiso algo presuntuoso de sacar muy luego el orden del caos. Aunque manifestase mucha deferencia y admiración hacia Massena, había enviado á París relaciones poco ventajosas acerca de lo que acababa de suceder en Portugal, fundándose en el más falaz de los testimonios, el de un ejército descontento; y al par que escribía de esta suerte á la capital de Francia, prodigaba personalmente á Massena las seguridades de la adhesión más cumplida y hasta le hacía esperar socorros, que sin duda le enviara de buen grado, si para proporcionárselos hubiera tenido talento. Provisionalmente empezó por tomar en Salamanca par-